

Razón de ser de los Hermanos de la Fraternidad San Pío X

*Homilía de su Excelencia Monseñor Marcel Lefebvre
el 29 de septiembre de 1986, fiesta de San Miguel Arcángel,
con motivo de la toma de hábito de los Hermanos*

Tenemos la alegría, queridos amigos que vais a revestir el hábito religioso, de acompañaros con motivo de esta hermosa ceremonia bajo la protección de San Miguel Arcángel. Y me gustaría aprovechar la ocasión para hablar, durante unos instantes, de esta vida religiosa a la que habéis sido llamados, y en la que entráis por el cumplimiento de vuestros votos.

1º Definición de la vida religiosa.

En efecto, si abrimos el Derecho Canónico para saber en qué consiste la vida religiosa, se nos dirá que *el estado religioso es un estado de tendencia a la perfección cristiana por el cumplimiento de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, recibidos públicamente por la Iglesia.*

1º Ante todo es *un estado*, y por consiguiente un modo estable de vida, en el que os comprometéis a tender a la perfección cristiana. Y para conseguirlo más fácilmente, según los consejos de Nuestro Señor mismo y de la Iglesia, abrazáis los tres votos de pobreza, castidad y obediencia.

2º Y lo hacéis entre las manos de la Iglesia, *públicamente*; tanto vosotros, queridos Hermanos que ya habéis hecho la profesión, como vosotros, que vais a recibir hoy el hábito religioso, entrando con ello en el Noviciado que os preparará a esta profesión religiosa pública.

Sabéis, queridos Hermanos, que aunque la Fraternidad es un instituto de vida común sin votos, y sus miembros se destinan al sacerdocio, con todo se previó en sus Constituciones que habría miembros religiosos. Y eso es muy de notar, por cuanto nuestras Constituciones fueron aprobadas oficialmente por la Iglesia, no sólo por el obispo de Friburgo, sino también por Roma. Con lo cual también quedó aprobada por Roma la institución de los Hermanos, asegurándole a esta rama de los Hermanos religiosos una bendición particular de Dios.

3º ¿Y qué directivas da la Iglesia a sus religiosos para que sean buenos y ferrosos? Ella insiste sobre tres puntos en particular, a los que denomina la *ratio*

vivendi, la *ratio orandi* y la *ratio operandi*. ¿Qué significa eso? Que la Iglesia da consejos y directivas a sus religiosos sobre el modo de comportarse en su *vida diaria*, en su vida de *oración*, y en su vida de *trabajo*.

2º La *ratio vivendi*, o modo de vida del religioso.

¿Qué significa la *ratio vivendi*? Es el modo de comportarse un Hermano en su día a día en todo lo referente a la celda, vestido, alimento, descanso, distracciones, etc. Esta *ratio vivendi* debe ejercitarse precisamente según los tres votos de pobreza, castidad y obediencia: que todo en el religioso tenga un carácter de pobreza, de sencillez y de desprendimiento del mundo; que su alimento sea sencillo y sobrio; que su vestido y habitación tengan el mismo sello; que su descanso y sus mismas distracciones sean conformes al espíritu de desprendimiento y separación del mundo, particularmente respecto de las gentes no cristianas, que no dudan en entregarse a entretenimientos muy a menudo prohibidos.

Así que debéis hacer un esfuerzo, si queréis tender a la perfección cristiana, en practicar en vuestra vida de cada día estas virtudes que habéis prometido solemnemente. La renovación de vuestros votos ha de seros la ocasión de un examen de conciencia sobre este punto.

3º La *ratio orandi*, o vida de oración del religioso.

La Iglesia insiste también en la *ratio orandi* de los religiosos. ¿Para qué hacéis votos de religión? Para tender a la perfección cristiana, que consiste básicamente en la unión con Dios, por Nuestro Señor Jesucristo. Esta *ratio orandi* debe ser el corazón y la meta de vuestra vida religiosa, puesto que es también lo esencial de la vida cristiana; pero vosotros, que hacéis profesión de tender a una perfección cristiana mayor que los demás fieles, debéis procurar, por vuestra vida de oración, uniros más profundamente con Dios y con Nuestro Señor Jesucristo. ¿Y cómo lo lograréis en la práctica? Haciendo vuestros ejercicios de piedad con amor, devoción y gran deseo de alcanzar esta unión con Dios, muy especialmente a través de la oración litúrgica.

Claro está que no se os prohíbe tener devociones particulares, hacia tal o cual Santo por el que os sintáis especialmente atraídos; pero tened el cuidado de seguir en eso el espíritu de la Iglesia. La Iglesia ha compuesto todo un conjunto de oraciones magníficas a lo largo del año, que giran alrededor del Viernes Santo, de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz. Ese es el centro y el corazón de la vida litúrgica. ¿Y qué es el Viernes Santo, sino la Cruz de Jesús en el Calvario? Y esta Cruz de Jesús en el Calvario, ¿dónde se realiza, dónde se reproduce en nuestra vida de cada día? En la santa Misa.

Por consiguiente, la Santa Misa debe ser para vosotros el corazón de vuestra vida espiritual. Con todo vuestro corazón y de toda vuestra alma debéis uniros a Nuestro Señor Jesucristo en su Sacrificio diario, recibirlo cada día como Víctima, y haceros víctimas con El. Este es el ideal de vuestra *ratio orandi*. Que

todo este año litúrgico os conduzca a Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, y luego a Nuestro Señor resucitado y subido al cielo.

4º La *ratio operandi*, o vida de trabajo del religioso.

Vuestra oración religiosa, vuestra *ratio orandi*, ¿estará al servicio de vuestra *ratio operandi*, de vuestro trabajo? ¿será ella un medio para cumplir mejor vuestro apostolado, o los diferentes cargos que os confían? Claro está que no, que la *ratio orandi* no es un medio, sino el fin principal. Pero en la medida en que os unáis con Dios, esa misma *ratio orandi* se convierte en fuente –no en medio– de vuestro apostolado, de vuestro amor del prójimo, del cumplimiento de vuestros cargos, por muy humildes y sencillos que sean. Vuestro espíritu de oración, vuestro amor de Dios, ha de ser la fuente de ese amor del prójimo que manifestaréis en las acciones diarias por el desempeño de los cargos que los superiores y la Providencia os confíen.

Así pues, ni el apostolado ni el amor del prójimo pueden ser el fin último de vuestra vida religiosa; este fin sólo es el amor de Dios. Lo que sucede es que el amor del prójimo forma parte de este amor de Dios: es como que la abundancia de vuestro amor de Dios se derrama en cierto modo sobre el prójimo, llevándoos a hacerlo todo para que vuestro prójimo vaya a Dios, al igual que os esforzáis de hacerlo para vosotros mismos por vuestra vida religiosa.

5º Recapitulación de todo lo dicho.

Que esta sea, pues, la orientación de vuestra vida religiosa: santificar vuestra *ratio vivendi*, santificar cada uno de vuestros días, por la oración, por la unión con Dios, por el amor de Dios, por las verdaderas devociones de la Iglesia.

Mirad cómo la Iglesia ha organizado todo el año alrededor de esta gran Semana, la Semana Santa. Y observad cómo luego la Iglesia ha adornado todo el año con las fiestas de Nuestro Señor Jesucristo, y luego con las fiestas de la Santísima Virgen, con las fiestas de los santos ángeles (como hoy la fiesta del Arcángel San Miguel), con las fiestas de los santos, de todos aquellos que Ella ha juzgado conveniente darnos como modelos, canonizándolos.

Estas deben ser vuestras verdaderas devociones. Una vez más, eso no os impide tener algunas devociones particulares, pero que estas devociones particulares no pasen antes que la devoción litúrgica. Eso sería un error; sería no vivir la vida de la Iglesia, no vivir la vida de unión con Dios tal como la Iglesia la desea para vosotros, y también para todos los demás fieles.

Por eso, aferraos a esta vida litúrgica. Poned esmero en preparar vuestras misas, en repasar las oraciones de la Santa Misa aun antes de asistir a ella, a fin de impregnaros de los pensamientos de la Iglesia.

Y luego, entregaos de todo corazón a vuestras tareas apostólicas, sean las que sean: todas, aun las más humildes, representan el ejercicio de la caridad hacia el prójimo. Poco importa la obra que se realice; lo que importa es vuestra disposi-

ción interior, la disposición de hacerlo todo por amor a Dios, que es el único amor que cuenta. No hay un amor del prójimo por el prójimo; sino que el mismo amor de Dios es el que nos incita a trabajar por el prójimo. No tenemos más que un amor en esta vida, el amor de Dios, que se derrama sobre nuestro prójimo y procura atraerlo a Dios.

Conclusión.

Esta es, amadísimos Hermanos, vuestra hermosa vida religiosa. Es magnífica. Puede uniros a Dios, y daros consolaciones infinitas. Estad persuadidos de ello. Es más, estoy seguro de que, entre los miembros que son sacerdotes y se hallan en el apostolado, muchos os envidian por el marco silencioso y regular de vuestra vida, que tanto favorece la unión con Dios; mientras que a ellos su apostolado muy a menudo los dispersa, o al menos sienten que los acecha siempre un peligro de disipación de su vida espiritual y de contacto con el mundo; y envidian vuestro poder permanecer en nuestras casas, en el silencio, el trabajo y lo que facilita la unión con Dios.

Por eso, alegraos de las gracias particulares que Dios os concede, y estad dichosos de veros hoy tan numerosos, algunos para renovar vuestros votos, otros para revestir el hábito religioso que les hará mostrarse ante el mundo como religiosos que se han entregado a Dios para siempre.

Hoy vamos todos a rezar muy especialmente por vosotros, y a pedirle a Dios que suscite muchas vocaciones de Hermanos. Rogaremos particularmente a San Miguel Arcángel que os proteja en vuestra vida religiosa, y que os otorgue la inspiración fundamental significada por su nombre mismo: «¿Quién como Dios?» Que vuestro nombre sea también «¿Quién como Dios?», para amarlo, seguirlo, defenderlo, y luchar contra todo lo que se liga contra Dios: ¿Quién como Dios? Ese ha de ser el impulso natural y sobrenatural de nuestros corazones.

Para terminar, roguémosle a San José, cuya vida es un modelo acabado para vosotros, por el trabajo que realizó en el silencio, su trabajo de carpintero, en compañía de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué vida extraordinaria! Treinta años con Dios, con Dios que trabajaba a sus órdenes. ¿Es posible que un hombre haya sido elegido para esta misión particular? Uníos, pues, a San José, y suplicadle que os conceda los sentimientos que él tenía cuando trabajaba junto a Nuestro Señor, a quien reconocía por su Creador y su Dios.

Pedidle esto mismo a la Santísima Virgen María, Ella que vivió igualmente en la intimidad de la casa de Nazaret con Nuestro Señor. Rogadle que también Ella os conceda los sentimientos que tenía en su corazón cuando con toda sencillez se aplicaba al trabajo, preparando las comidas de San José y de Nuestro Señor, arreglando la casa, como vosotros mismos lo hacéis a veces en nuestras casas, a fin de orientarlo todo al servicio de Dios y del prójimo.